





Academia de Buenas  Letras de Granada

DISCURSO
PRONUNCIADO POR EL
ILMO. SR. DON FRANCISCO LÓPEZ BARRIOS
EN LA CLAUSURA
DEL CURSO ACADÉMICO 2020-2021

ACTO CELEBRADO EN EL PARANINFO
DE LA UNIVERSIDAD DE GRANADA
EL DÍA 14 DE JUNIO DE 2021

GRANADA
MMXXI

Esta publicación ha contado con una subvención
de la Consejería de Transformación Económica, Industria,
Conocimiento y Universidades de la Junta de Andalucía.



Junta de Andalucía
Consejería de Transformación Económica,
Industria, Conocimiento y Universidades

Edita: © Academia de Buenas Letras de Granada

Apartado de Correos 1013

18080 GRANADA

<http://www.academiadebuenasletrasdegranada.org/>

Imprime: Taller de Diseño Gráfico y Publicaciones, S. L., Granada

Depósito Legal: Gr/786-2021

DISCURSO

DEL

ILMO. SR. DON FRANCISCO LÓPEZ BARRIOS



EL TOREO:
¿ARTE O BARBARIE?



Excmo. Sr. Presidente,
Excmos. e Ilmos. compañeros y compañeras de Academia,
Señoras y señores:

Primera Parte:
Apuntes sobre los orígenes del toreo
y del animalismo antitaurino

Las corridas de toros, ¿arte o barbarie? Para empezar, L cojo al toro por los cuernos y respondo a la pregunta con una afirmación radical: cuando hablamos de las corridas de toros nos enfrentamos a un espectáculo diferente a todos en el que, por primera vez en la historia de su relación con los seres humanos, los animales no servirán para alimentarse con su carne y vestirse con sus pieles, o para utilizarlos en el transporte de personas y mercancías, o para satisfacer los caprichos de sus dueños, o para realizar exhaustivas jornadas laborales —como, por ejemplo, las de los perros *huskies* en los países nórdicos, tirando de los trineos de los turistas hasta el agotamiento—, o para luchar en las brutales peleas entre toros que se organizan en Suiza...

La respuesta abordará varios aspectos, que van desde el nacimiento del toreo y su posterior conversión en expresión artística, hasta las reacciones contrarias que llegarán desde fuera de España, fomentadas por fundaciones animalistas europeas y por multinacionales que, aprovechando el *buenismo* popular en su versión de amor a los animales, venden mercancías por valor de billones de dólares en todo el mundo, mercancías que van desde sombreritos para

chihuahuas y caniches hasta juguetes, comida y cualquier tipo de extravagancia para las llamadas “mascotas” de las familias, convirtiendo así el animalismo en uno de los grandes negocios de la sociedad actual.

Y será una respuesta nada simplista, porque el asunto que abordamos afecta tanto a lo sagrado como a lo profano y, por su complejidad, es normal que no sea entendida por ciudadanos cada vez más rendidos a la banalidad y al infantilismo, supuestamente enriquecidos por una piedad hacia los seres vivos que no les impide desentenderse del dolor por la muerte de un torero, aunque sufran lo indecible cuando un jabalí cae abatido por los disparos del cazador.

Estamos ante un modelo social que se refugia cada día más en el *yoísmo*, en el individualismo como referente de una vida que evita el análisis crítico, que degrada con su nihilismo incluso el lenguaje, y entiende que lo simple, no lo sencillo, es el estado ideal de felicidad. Haciendo verdad las palabras de Tocqueville cuando, en su obra *La democracia en América*, vaticinó el tipo de sociedad en la que vivirían los seres humanos en el futuro:

«Veo una multitud innumerable de hombres iguales y semejantes, que giran sin cesar sobre sí mismos para procurarse placeres ruines y vulgares con los que arruinan su alma».

Y continúa:

«Sobre estos se eleva un poder inmenso y tutelar que (...) se asemejaría al poder paterno si, al igual que él, tuviese como objeto preparar a los hombres para la edad viril; pero, al contrario, no trata sino de fijarlos irrevocablemente en la

infancia y quiere que los ciudadanos gocen, con tal de que no piensen sino en gozar».

Pues bien, precisamente contra ese aborregamiento colectivo, que el pensador francés retrata con precisión, se alzan las corridas de toros. Un espectáculo que me deslumbró para siempre cuando, a los diez o doce años, mi abuelo Francisco Barrios me llevó por primera vez a una novillada nocturna en la plaza de toros de Granada. Cuando llegó la hora del comienzo y sonaron los clarines, se hizo el silencio. Después, cuando los acordes del pasodoble se unieron a la aparición de los toreros en el ruedo, el público prorrumpió en aplausos. A partir de ese momento viví sensaciones para mí desconocidas: el fulgor de los trajes de luces de los novilleros relucientes bajo las grandes lámparas de la plaza de toros, el revuelo de los capotes, el andar provocador de los banderilleros, el miedo y el valor como la cara y la cruz de aquellos jóvenes ilusionados que recibían volteretas como quien recibe panes después de un largo día de Ramadán... Y el frescor de la anochecida, que suavizaba como un bálsamo reconfortante los calores estivales y hacía divertido el juego de los novillos, que tenían tanta torpeza al embestir como sus matadores al esquivar las embestidas... Todo se convirtió en un carrusel de emociones y descubrimientos que hoy todavía me acompañan.

Recuerdo, de aquellas novilladas sin picadores, a un espigado muchacho, Pedro Herráiz “Madriles”, de rostro enjuto y tez muy morena, que me impresionó por su valor y su sentido de la armonía. «Abuelo, ese chico será un torero famoso algún día, ¿verdad?», pregunté. Y la respuesta

de mi abuelo puso las cosas en su sitio: «Es pronto para saberlo. El toreo es una de las profesiones más difíciles del mundo. Habrá que verlo con toros de cuatro años y tres hierbas», me dijo. «Y eso, ¿qué quiere decir?», pregunté de nuevo. «Pues que ya tienen casi cinco años y se pueden lidiar como toros. Si fueran más jóvenes, serían novillos. Antes, erales. Y los becerros de solo un año, añojos». Yo lo miré en silencio, como se mira a un pozo que comparte sus secretos con la persona que, asomada a su brocal, contempla el agua de su sabiduría.

Cuando, muchos años más tarde, conocí a Pedro Herráiz, “El Madriles”, ya retirado de los ruedos, y le conté las palabras de mi abuelo, se quedó un rato pensativo antes de responderme: «Tu abuelo tenía razón. Correr delante de un toro se puede hacer en cualquier momento. Y torear desde un caballo, también. Pero enfrentarse pie a tierra con un toro, transformar su embestida en una conmoción interior, cuando toro y torero se conjugan en el pase bien realizado, parando, templando y mandando sobre la embestida del animal, entregarnos al instante de plenitud, intenso y fugaz, que ha creado el torero, eso es algo que no se puede explicar, que hay que vivirlo, y que no siempre se consigue porque son muchos los factores que favorecen o perjudican al torero: el viento, que descubre los engaños; el calor asfixiante toreando en verano; la nobleza, o no, en la embestida del animal; la forma física del diestro; la edad del toro, que al cumplir años aprende a burlar la técnica del torero para esquivar sus ataques... Y, a esas circunstancias, añádase que la muerte está tan presente en nuestros días como lo estuvo en el pasado, poniendo en evidencia las mentiras de los antitaurinos y los animalistas que hablan

de toros drogados, o apaleados antes de salir al ruedo». Y, para terminar su alegato, añadió “El Madriles”: «Olvidando que un toro drogado o a la defensiva sería más peligroso aún para el torero por lo imprevisible de sus embestidas».

«Matar a un animal por el placer de verlo sufrir es un acto de barbarie que no se puede llamar cultura», gritan nuestros jóvenes animalistas y antitaurinos, aunque el 98% de ellos no haya visto en su vida una corrida de toros. Felices en su ignorancia *buenista*, en su desconocimiento del arte de toreo y su carácter polisémico, ni siquiera se plantean que, si las corridas de toros desapareciesen, esos toros a los que pretenden salvarles la vida desaparecerían también.

Los primeros registros existentes del toro de lidia datan de 1670, en Navarra. Eran toros pequeños, de color castaño, menudos, agresivos, que pronto se convirtieron en los protagonistas de fiestas de toros en las que un caballero los alanceaba ayudado por los mozos del pueblo que, con los capotes de su vestimenta, lo auxiliaban en los momentos comprometidos. La brusquedad de las acometidas permitía el juego a caballo y lo hacía imposible a pie. Fueron los criadores de ese tipo de toro los futuros ganaderos del toro bravo en el sentido moderno, estableciendo unas pautas de crianza, basadas en un rudimentario conocimiento genético, que les permitieron, con el paso del tiempo, seleccionar la bravura y la nobleza de los toros a partir del control de sus lazos familiares, de su procedencia, es decir: de su casta. Probando en los tentaderos la capacidad ofensiva de las vaquillas, futuras madres de los toros bravos, podría decirse sin exagerar que en las ganaderías de renombre no hay un toro de lidia del que el ganadero no conozca al detalle el

nombre de sus antepasados y sus características. Así se inventó el toro bravo y noble, el toro, de embestida franca y trayectoria profunda, que finalmente facilitó el arte del toreo, un arte que luego fijó y desarrolló Juan Belmonte, tal como lo conocemos en nuestros días.

La evolución también pasó a los mozos, quienes, alentados por los aplausos de sus paisanos, desarrollaron nuevas habilidades defensivas, aprendieron a dominar al animal con sus capotes, a calmar su furia con el manejo inteligente de una tela, el percal, que pronto se transformó en seda para el capote del espada y en franela para la muleta, quedando el percal para los banderilleros o auxiliares. Entonces se produjo una de las primeras conquistas revolucionarias en la sociedad medieval española: los toreros de a pie empezaron a usar sin permiso la seda y el oro en sus vestidos, algo hasta entonces prohibido al pueblo llano. Más aún: los toreros se atrevieron a hacer el paseíllo cruzando el ruedo sin descubrir su cabeza, aunque el mismísimo rey presidiera la corrida. Desde ese momento, en los cosos taurinos, el dominio popular es absoluto. El pasodoble es su música; el sol, su testigo; el valor del torero y la bravura del animal, sus pilares. Eso es el toreo. Y quien concede los premios, al toro o al torero, haciendo flamear sus pañuelos, es el pueblo.

Otra cosa es que los dibujantes satíricos y los humoristas hicieran caricatura de los aficionados que frecuentaban las localidades de barrera, las más caras y próximas al ruedo, dibujándolos con barriga, puro y chistera, convirtiendo a los toros en un espectáculo propio de ricos o capitalistas. Aunque cualquiera que haya visitado el interior de un coso taurino sabe que el número de asientos de barrera

es mínimo comparado con el resto de localidades. Pero se trata de un tópico que falsifica la realidad del toreo a pie, pura rebeldía en su trayectoria y actividad, que mereció en su día la excomunión de sus participantes por parte del Papa Pío V y la prohibición de la fiesta por parte de los *memoprogres* acomplejados que han existido desde antiguo en la historia de España. Aunque, después de algunos años y varias prohibiciones de reyes y presidentes de gobierno, los toros volvieron a las plazas y las corridas siguieron celebrándose con la asistencia de los aficionados y el respeto de los que no lo eran. Es lamentable que, de un tiempo a esta parte, esa convivencia pacífica entre aficionados y no aficionados se convierta a veces en una desagradable fuente de incidentes de orden público, mientras la idea de que el arte del toreo es un espectáculo de “derechas” se extiende entre los jóvenes progresistas.

Llegados a este punto, tal vez fuera conveniente recordar que a Federico García Lorca lo fusilaron entre dos banderilleros de izquierdas. Porque ha habido gente de izquierdas y de derechas en los toros, como en cualquier otra actividad profesional, sin que el espectáculo tenga más ideología que la exaltación del ser humano y sus valores: la inteligencia, la disciplina, la capacidad de sacrificio, el valor, la sensibilidad creativa. En los toros, la tradición abre las puertas de la vanguardia, que es lo deseable cuando las tradiciones son auténticas y las vanguardias también. Por eso los símbolos, que garantizan la pertenencia a una tradición viva y renovada, tienen una presencia constante en el desarrollo de la corrida: los alguacilillos que despejan el ruedo cuando va a comenzar el festejo; el vestido de torear con la delicadeza de sus bordados, que han cambiado con el

tiempo sus representaciones, pero que utilizan los mismos materiales que en el pasado; el orden en el paseillo de los toreros, donde cada uno tiene un lugar señalado según la antigüedad de su doctorado o alternativa; la seriedad y el respeto que exigen e imponen los acontecimientos que se suceden en el ruedo; la puntualidad en el comienzo de la corrida, y el patrimonio del pasodoble como música netamente española, que se adapta por completo a los ritmos propios de las suertes o pases del toreo. Lo contrario de lo que sucede cuando, por imposición de los *fnolis* de turno, se acompaña la faena con pasajes de música clásica o de óperas como *Carmen*, que entorpecen la concentración del torero y se muestran como “cursiladas” con pretensiones renovadoras en un espectáculo en el que lo cursi sobra por definición.

Toro y torero disponen de oportunidades para salvar su vida. Porque el objetivo de su coincidencia en el ruedo de una plaza de toros —francesa, española, portuguesa o iberoamericana— no es librar una batalla a muerte o disfrutar con el sufrimiento de un animal, sino crear la belleza única, instantánea, dramática, que engrandecerá la dimensión de rito sagrado de la corrida con el planeo de la muerte sobre la arena. «Pero», me dirá el antitaurino/animalista, «¿qué derecho tienen los seres humanos para decidir sobre la vida o la muerte de los animales, si ellos son tan animales como los demás?». Y esta es la pregunta que intenta trasladar a nuestra conciencia un fenómeno muy actual: el del igualitarismo, tan distante por cierto de la igualdad.

El filósofo utilitarista inglés Jeremy Benthan defendió la idea de que todos los seres vivos tienen derecho a no

ser utilizados por ningún otro ser. Y, dicha así, la frase resulta convincente, aunque sea falsa: ¿no tienen derecho entonces los leones a hacer sufrir a la cebra que van a devorar?, ¿no tienen derecho las serpientes o los escorpiones a inocular su veneno en el cuerpo de otros seres vivos, provocándoles dolor y muerte? El planteamiento es absurdo, salvo que caigamos en un antropomorfismo tipo Walt Disney convirtiendo a los animales en humanoides. Los seres irracionales no están sujetos a Derecho porque son irresponsables de sus actos al funcionar por instintos irrenunciables y no por planteamientos racionales, analíticos, capaces de fundamentar ideas rectoras para sus comportamientos al margen de las instintivas.

«La ética», en palabras de Fernando Savater, «no proviene de nuestras similitudes evolutivas con otros seres humanos, sino de la capacidad única y específica de distanciarnos reflexivamente de la finalidad natural inmediata y poder afirmarla o rechazarla... No estriba en constatar obvios parentescos zoológicos, sino en reconocer una diferencia esencial sobre la que deben y pueden sustentarse las exigencias de relación personal ante la acción. Por eso podemos hablar de derechos y deberes humanos».

La pretensión de la naturaleza como un todo armónico de derechos compartidos no pasa de ser una forma de lirismo que oculta, desde la visión deformada del *urbánita*, la lucha salvaje, a muerte, por la supervivencia de los animales y los vegetales. La realidad, sin embargo, es que miles de personas expresan en las redes sociales, no solo españolas, la alegría que les produce la muerte de un torero y la tragedia que para ellos significa la de un toro bravo. En eso coinciden con Himmler, el jefe de

las SS nazis encargadas del exterminio de los judíos, que supervisaba, a través de las mirillas de las cámaras de gas, la agonía de millones de personas, pero solo pudo soportar la lidia de un toro, en la plaza de Las Ventas de Madrid, en 1940. Su sensibilidad se vio herida por lo que consideró «un espectáculo salvaje» y fue uno de los partidarios de que el régimen nazi promulgara las primeras leyes de protección animal del continente europeo, en 1933 y 1935. Los nazis y el animalismo fueron siempre de la mano, y no es de extrañar, cuando el propio Hitler, como contó Albert Speer en sus memorias, le confesó en varias ocasiones que «le importaba mucho más su perra que lo que pudiera sucederle al pueblo alemán».

Hoy, esa pasión por los seres irracionales se ha trasladado con éxito a España, donde hay registradas más “mascotas” (28 millones) que niños menores de 15 años, con propietarios que gastan más de mil millones de euros anuales en productos para perros y gatos, comida, ropa, veterinarios, etc. Y eso, en un contexto económico y social en el que las colas del hambre, los millones de niños en situación de pobreza y el número de parados crecen día a día, a muchos ciudadanos nos resulta escandaloso.

Por supuesto, no puedo decir que todos los animalistas sean nazis. Pero sí puedo señalar algunas coincidencias alarmantes entre sus razonamientos y el perfume nazi que los impregna. Peter Singer, australiano de origen y catedrático de Bioética universitaria en Princeton (EE. UU.), publicó en 1975 un libro titulado *Liberación animal*, que fue y es una de las biblias del movimiento animalista. Singer tiene prohibida la entrada en Alemania por afirmar que es preferible sacrificar un bebé humano, que es

dependiente en grado sumo, antes que a un ternero, que tiene desde que nace todas las posibilidades de sobrevivir. Tom Reagan, discípulo aventajado de Singer y filósofo y teórico del Derecho Animal, afirmó en su libro *The case of animal rights*:

«Si un humano o un discapacitado mental grave son sujetos de derecho, con más motivo deberían serlo aquellos seres que gozan de sus plenas características físicas y mentales, aunque no sean racionales».

De ahí al proyecto Gran Simio, que propone concederles a los primates los derechos civiles que tienen las personas, va un paso. Paso que, por cierto, han dado ya varios alcaldes de municipios españoles reconociéndoselos a los perros, gatos y demás “mascotas” en general.

El profesor González Bueno resumió en pocas palabras su opinión al respecto:

«El proyecto Gran Simio es una más de las manifestaciones posibles del “Pensamiento Alicia”, que comporta el análisis basado en una serie de semejanzas superficiales y, en nombre de la ética universal, pretende equiparar a hombres y animales bajo la categoría de personas. Esta es una manifestación del simplismo más delirante».

Y el joven filósofo español Íñigo Ongay, uno de los pensadores hispanos más críticos con el animalismo, indicaba en su tesis doctoral:

«La ética universal, que es propia de los seres humanos, no la tienen los animales, que no disponen de un lenguaje do-

blemente articulado y, en consecuencia, no pueden expresar categorías en ese sentido».

Pero a Peter Singer este tipo de reflexiones no le interesan. Él se apoya en sociólogos y antropólogos norteamericanos darwinistas y racistas como Charles B. Davenport o Madison Grant. Para muestra, dos botones. Un fragmento de la carta que en 1925 le escribió Davenport a su amigo Madison Grant:

«Nuestros antepasados empujaron a los bautistas desde la bahía de Massachusetts hasta Rhode Island, pero ahora no tenemos ningún lugar al que empujar a los judíos».

Y otro texto, tomado de su libro *La herencia y su relación con la eugenesia*, en el que afirma:

«Las hordas de judíos que nos están llegando desde Rusia y el extremo sudoriental de Europa, con su intenso individualismo... representan el extremo opuesto de la primera emigración inglesa y de la escandinava más reciente, con sus ideales de vida comunitaria al aire libre, progreso por el sudor de su frente y la educación de las familias en el temor de Dios y el amor al país».

Claro que, a medida que avanzaba en sus investigaciones, Davenport incluyó a otros grupos de personas en su catálogo de indeseables, por ejemplo a los gitanos, a los que califica de «nómadas genéticos» por sus hábitos de cambio de residencia, emparentándolos con «los grandes simios, a los que mueve siempre a vagar su gen viajero».

Por fin, en el capítulo 4º de *Liberación animal*, Singer sintetiza las enseñanzas de sus maestros y lo deja claro.

Está convencido de que los *pigs*, palabra que utiliza la prensa inglesa como acróstico, jugando con su significado, que es “cerdo” en inglés y que interpretado por sus iniciales significa “Portugal, Italia, Grecia y España”: es decir, los judíos, los habitantes del sur de Europa, los ribereños del Mediterráneo, son seres dañinos para la sociedad. Da igual que sea un italiano, Francisco de Asís, el primer hombre en llamar “hermanos” a todos los animales de la Creación; o que un español, premio Nobel de literatura, Juan Ramón Jiménez, dedique a un burrito una de las mejores prosas líricas de la historia de la literatura universal. Para Singer, estas “anécdotas” carecen de significado. Por eso, en el citado capítulo 4º de su libro, señala textualmente —repito, textualmente— que «los culpables de la tortura contra los animales son Grecia, Roma, los judíos, los cristianos y la civilización occidental». Así de fácil y así de sencillo.

Es lógico, puestos ya a navegar en el mar de esa lógica racista, inculta y enfermiza, que Jesús Mosterín, catedrático de Filosofía y Lógica de la Ciencia en la Universidad de Barcelona, y uno de los discípulos más relevantes de Singer en España, califique a los aficionados a los toros como parte de «la España negra..., habitada por chulos, toreros, verdugos, borrachos e inquisidores». Calificativos asombrosos que, pienso, no incluyen a Joaquín Sabina, Miguel Barceló, Max Aub, José Bergamín, Andrés Calamaro, Mercedes Milá, Carmen Calvo, José Luis Ábalos, Félix de Azúa, Pedro Almodóvar, Juan Manuel Serrat, Ramoncín, Almudena Grandes, Eduardo Mendoza, Víctor Manuel, Iñaki Gabilondo, Antonio Banderas, Juan Echanove... y un añadido interminable de protagonistas de la vida cultural y

política española que frecuentaron o frecuentan las plazas de toros.

Y es curioso constatar cómo los hechos desmienten las afirmaciones de Mosterín. Así, según datos oficiales del Ministerio de Cultura, un 40'5% de los aficionados a las corridas de toros visita los museos, superando ampliamente la media nacional, que es del 33'3%. Más datos: un 65'8% tiene una apreciable tasa de lectura, mientras que la media nacional se sitúa en el 62'2%; un 31'2% frecuenta los teatros, con una media nacional que apenas llega al 23'1%; y, por fin, un 57'9% asiste a conciertos y ballets, mientras que la media general se queda en este caso en el 29'2%.

Los datos recogidos antes del inicio de la pandemia, en el año 2019, indican que fueron a los toros 25 millones de espectadores, siendo superada esta cifra sólo por el fútbol. Y, a pesar del dato, la televisión pública que financiamos con nuestros impuestos los españoles, en un alarde de moralismo inquisidor, se niega a retransmitir corridas de toros con una increíble falta de respeto a los derechos de los ciudadanos aficionados a un arte dramático que es legal en España y en nombre de una *moralina* inconcebible en el siglo XXI.

Segunda parte:
El toreo como arte sagrado y espectáculo
de ultravanguardia

«El toreo es probablemente la riqueza poética y vital de España,
increíblemente desaprovechada por los escritores y artistas».

FEDERICO GARCÍA LORCA

«Si nuestro teatro tuviese el temblor de las fiestas de toros,
sería magnífico. Si hubiera sabido transportar esa violencia
estética, sería un teatro heroico como la *Iliada*».

RAMÓN MARÍA DEL VALLE-INCLÁN

Un eje móvil afirma el centro de una circunferencia que
delimitan tablonos pintados de rojo oscuro.

Una masa de 500 kilos circula en espiral en torno al eje.
La masa va provista de afilados instrumentos de muerte en
su zona frontal o de ataque, que corona a poca distancia
una protuberancia musculosa y confirma la impresión de
desigualdad entre el eje, que ahora hace flamear un ligero
pedazo de franela, y la masa, que reacciona con violencia
al verse en un territorio alejado del suyo habitual.

Los viajes de la masa, sus recorridos furibundos, se van
estrechando en torno al eje, que corre grave peligro si no
arbitra una solución a esa geometría mortal que lo amenaza.

Alrededor de la circunferencia se agrupan, sentados
sobre escaleras que llaman tendidos, miles de personas,
de las que se podría decir, por su aspecto, que son gente
sencilla, alejada de los tics, las modas y las manipulacio-
nes de las conciencias que asombran a los inocentes, los

desconciertan, y les hacen dudar de sus creencias y de sus intuiciones.

Antes, los héroes habrán desfilado con sus vestidos de seda, oro y plata, llenando la tarde de relumbres. Una vez más, el paseíllo habrá desafiado con serenidad el lamento banal de los mediocres.

Hay sol, hay música, hay aroma de vegueros que tal vez llegaron de La Habana, hay mantones que quizás vinieron de Manila, hay recuerdos físicos de otras Españas presentes en el idioma y en la cultura compartida, en la diversa nacionalidad de los toreros; hay olor, color y sabor, hay un mundo de tensión indefinida, de pasión indefinida, de alegría por reventar.

Es decir: hay civilización, hay grecolatinidad, hay Sur, hay viejos dioses/toros babilónicos removiéndose en sus tumbas, hay héroes del Parnaso asomándose a sus tribunas invisibles. Hay un lujo evidente que no se mide en propiedades o en dinero, sino en intuiciones y relámpagos, en esperanzas y agonías, en el orgasmo del *¡¡¡Ole!!!* y en la tragedia del *¡¡¡Ay, Dios mío!!!* que anuncia la cornada e intuye la presencia de la muerte.

Es el arte del toreo, una historia que empezó hace más de dos mil años, que se perfiló en Roma, se desarrolló en el norte de España y se estilizó y se definió como arte en el sur de la Península Ibérica. Allí donde la latinidad resistió por más tiempo a los bárbaros, donde la voluptuosidad y el compás, el duende y la sensibilidad, la estatuaria romana y las procesiones de las *tarikas* sufíes encuentran acomodo y se rompen en verónicas pausadas, en naturales lentos como una vida sin urgencias, en una elegancia de segundos inmóviles que se hace eterna, que estremece la sensibilidad

de los testigos y arranca *olés* que quizás fueron *alás* antes que *olés*, y que ponen a Dios por testigo del milagro.

Probablemente, el arte del toreo es el más complejo de los que ha creado el hombre sobre la tierra a lo largo de su historia. Porque reúne, en su complejidad, dos elementos que pertenecen a lo más íntimo de su naturaleza, tanto en la vertiente racional como en la irracional o instintiva.

En la racional, transformando las circunstancias adversas, las amenazas que se ciernen sobre su vida, en una victoria de la lógica, de la táctica y de la estrategia. Una victoria de la razón frente a la fuerza bruta, que lo convertirá en la especie elegida, en la especie superviviente capaz de habitar climas extremos y de superar calamidades imprevisibles.

Y en la irracional, recuperando el instinto de lo sagrado, el instinto que nos habla de la existencia de otras dimensiones, que nos permite atravesar las esferas de la lógica, hermanando conceptos antitéticos y formulando rituales, estableciendo mágicas ceremonias capaces de penetrar en el nivel de los símbolos, en el espacio de las cosmovisiones, tranquilizando así al espíritu humano y relajándolo, abriéndole de par en par las puertas de una realidad que contiene pasado, presente y futuro.

Tras la muerte de cada toro bravo en el sacro espacio de las plazas de toros, y con la victoria del torero/sacerdote sobre su irracional enemigo, la comunión entre la vida y la muerte se habrá consumado, y el sacrificio del animal, su sangre derramada, nos habrá devuelto a las raíces de un conocimiento holístico que se corresponde con las intuiciones más profundas, con las cosmovisiones que nos abrirán las puertas de la supervivencia, como individuos y como especie.

Los héroes clásicos no son bomberos que salvan gatos en un tejado o enfermos que se curan gracias a la eficacia de los cuidados médicos. Hay, en la banalización postmoderna del heroísmo, una pretensión de elevar a la categoría de excepcional actuaciones que entran dentro del compromiso ético que obliga a cualquier profesional. Pero el torero es otra cosa. Habita en otros espacios del tiempo y la materia, y desde la fragilidad de su naturaleza humana desafía a la muerte, confía en su destino. Es el actor de un drama ultravanguardista, de un montaje escénico en el que se funden elementos materiales polisémicos con el aleteo oscuro de la muerte que el torero no rehúye y que le hará rubricar con su sangre, si fuera necesario, los asertos de Protágoras:

«Es el hombre la medida de todas las cosas:
de las que son, en cuanto que son;
y de las que no son,
en cuanto que no son».

Y, al final, cuando el torero salga a hombros de la plaza, el cúmulo de temores ancestrales que enturbian la psicología humana se habrá desvanecido entre una claridad resplandeciente. Y el sacerdote de esta religión benéfica habrá honrado y elevado al animal al rango de un *alter ego* al que se le ofrece el honor de una muerte digna, una muerte heroica, como heroica fue también la decisión del ser humano que ofició la ceremonia.

Y flotarán una vez más en el aire de la plaza, entre el revuelo de las golondrinas que dibujan arcos bajo la comba azul del cielo, los versos de Rafael Alberti, comunista y español, que ilustran como pocos el misterio taurino:

«Un prodigioso y mágico sentido,
un recordar callado en el oído
y un sentir que en mis ojos sin voz veo.
Una sonora soledad lejana,
fuente sin fin de la que insomne mana
la música callada del toreo».

Muchas gracias.

El Grove/Granada, 2021.



FRANCISCO LÓPEZ BARRIOS
(Granada, 1945)

Escritor y periodista, cursó estudios de periodismo en la Escuela Oficial de Madrid, Ciencias Políticas en la Universidad Complutense, e Historia en la UNED.

Como periodista, ha sido colaborador fijo de los semanarios *Triunfo* y *La Calle*, además de columnista y colaborador en diferentes periódicos y revistas, entre los que destacan *Diario 16*, *El Mundo*, *El Periódico de Madrid*, *Qué*, *Letras del Sur*, *Diario de Granada* y *El Independiente*, entre otras cabeceras.

Fue fundador y director de *Cuadernos del Mediodía*, el primer suplemento cultural de la historia del periodismo andaluz, en las páginas del *Diario de Granada*, así como redactor-jefe de Cultura del diario madrileño *El Independiente*, desde 1988 hasta su cierre, en 1991. En 1995 dirigió la revista *Injuve*, editada por el Ministerio de Asuntos Sociales. En 2003 fundó en Madrid la revista *Sierra Mágica*, de la que fue director hasta el año 2005.

En RTVE, ha sido redactor-jefe y presentador de los programas *Tele-Revista de Arte y Cultura* (1975), *Cultural Informativo* (1976) y *Entrelíneas* (1988-1989), corresponsal de TVE en Granada (1982-1983) y comentarista político en Radio 3, de RNE (1978-1979). Por último, ha sido director de comunicación de los congresos Iberoamericano de Escritores (1978) e Internacional sobre la Propiedad Intelectual (1991), el Festival de Música y Danza de Granada (1985-1986), la Universidad Internacional de Baeza (1983-1990) y el Festival de Teatro de Granada (1983-1999).

Como escritor, obtuvo su primer galardón literario a los 22 años: el I Premio Nacional de Ensayo Taurino de 1967, compartido con Francisco Umbral. A éste se unirían después el Premio Ciudad de Granada de 1982 por su novela *Alguna vez, más tarde y para siempre* (Barcelona, 1984), el Premio Martín Recuerda de 2002 por su obra *En el temblor de las niñas perdidas* (estrenada en 2003 en el teatro Alhambra) y el Premio de la Crítica Andaluza de 2016 por su libro de relatos *Yo soy todos los besos que nunca pude darte* (Granada, 2015).

Es también autor de las novelas *Dicen que Ramón Ardales ha cruzado el Rubicón* (Madrid, 1975) y *Amado pulpo* (Granada, 2017), y los libros de relatos *La noche de terror del terrorista* (Almería, 2004, finalista del premio de la Crítica Andaluza en 2005), *El violinista imposible* (Granada, 2019) y *La caza, captura y muerte de la abuelita hispánica* (Granada, 2021), además de los ensayos *Murieron para vivir*, escrito con Miguel Hagerty (Madrid, 1984), y *La conspiración de los Ulemas* (Córdoba, 2008).

Su bibliografía se completa con el poema en prosa *Balada para la toma de Smara* (Vélez-Málaga, 1970, con ilustraciones de Francisco Santana), el drama vanguardista *Boeing, Boeing, Elena* (1970) y los ensayos *La nueva canción en castellano* (Madrid, 1978) y *Mágica ceremonia* (Madrid, 2013), un controvertido “alegato en defensa de las corridas de toros”.

Asimismo, ha sido director de Cuadernos de la Afro-bética (Málaga), donde publicó obras como *País de larga pena*, la única traducción de poesía argelina contemporánea, coordinada por el profesor Emilio Sola, o *Una reflexión sobre Andalucía*, antología ilustrada en la que participaron

poetas como José Manuel Caballero Bonald, Pablo García Baena, Antonio Hernández o él mismo, junto a pintores de la talla de Francisco Cortijo, Enrique Brinkmann o José Aguilera, entre otros.

Elegido el 27 de mayo de 2019 como miembro correspondiente de la Academia de Buenas Letras de Granada por la provincia de Almería, donde entonces residía, el 18 de noviembre de ese mismo año pronunció en el Paraninfo de la Universidad su discurso de recepción, titulado *La materia de los sueños*. Ahora reparte su tiempo entre Andalucía y Galicia, donde tiene su actual domicilio familiar en el municipio de El Grove.



Este discurso, editado por la
Academia de Buenas Letras de Granada,
se acabó de imprimir en Granada,
el 5 de junio de 2021,
aniversario del nacimiento de Federico García Lorca
en 1898 y a los 45 años del primer homenaje
de “El 5 a las 5” celebrado en su memoria,
en Taller de Diseño Gráfico
y Publicaciones, S. L., estando al cuidado
de la edición el Ilmo. Sr. D. José Gutiérrez,
Bibliotecario de la Academia.

Granada,
MMXXI

